

La Greña

Christina de Fran



Capítulo 1

La Greña apestaba a sudor, a ropa sin lavar y a sus perros. Entró en el autobús y todos conteníamos la respiración. La cabellera – canosa con unos mechones todavía negros – se le derramaba por los hombros por encima de varias capas de ropa sucia. Yo tenía diez años cuando la vi por primera vez. No te sabría decir cuántos tenía ella. De la suela de su zapato derecho pendía una cola de ratón.

Cuando le dije a mi padre que con el autobús de la mañana había bajado una indigente, él se rió y me corrigió: “Es la mujer más rica de la comarca.” Me quedé boquiabierta.

“Sí,” siguió él, “tiene edificios en Barcelona y en Madrid. Debe de cobrar unos alquileres que ni te puedes imaginar.”

“Por qué no se compra una bañera, pues?”

“Supongo que tiene una, pero quiere ahorrar agua y jabón. Es que su padre era empresario o algo por el estilo. De viejo le dio por salvar el planeta. Vino aquí con su hija para vivir en armonía con la naturaleza. Compraron dos vacas y trataron de comer solamente lo que les creciese en el huerto. No les funcionaba, claro. Y el empresario se murió hace años. Ahora la pobre rica vive sola en la casita de su huerto. ¿Te acuerdas del camino aquel donde de pequeña no te atrevías a pasar porque los perros ladraban tanto? Pues allí.”

Todo el invierno y todos los inviernos la Greña bajaba a la ciudad con nuestro autobús. Nadie se sentaba a su lado aunque fuese el último asiento libre. Antes nos quedábamos de pie. Con la calefacción del autobús, el pestazo se hacía inaguantable. Pasar del cole de nuestro pueblo al insti de la ciudad conllevaba aprender a contener la respiración media hora. Varias veces los niños casi nos conchavamos para llevar desodorante y rociarla, pero al final no nos atrevimos. A partir de febrero o marzo ella bajaba a la ciudad en bici, y los demás volvíamos a respirar.

La Greña habitaba en las afueras de nuestro pueblo, pero no hablaba con nadie. Se contaban algunas anécdotas sobre ella: por ejemplo, que una vez había tratado de denunciar al agricultor que tenía los campos de al lado de su huerto, porque él usaba pesticidas y ella decía que el viento las llevaba a su terreno. A modo de respuesta, después de la cosecha el agricultor amontonó un estercolero en el campo aquel.

Un día la Greña llamó un taxi para que la recogiese y la llevase a la ciudad junta con todos sus perros, que quería llevarlos al veterinario. El taxista

se negó. La Greña consiguió que el veterinario subiese al pueblo para ver los perros, que tenían lastimados los morros. Se le había caído una botella de aceite – ecológico por supuesto – y los perros habían lamido el suelo. La mujer del veterinario se lo contó a una amiga, la amiga se lo contó a otra, y así toda la comarca se enteró de que la Greña era tan ultravegana que no les daba carne ni a sus perros. Tan hambreados los tenía que habían lamido el aceite sin preocuparse por los añicos de la botella. “Cuando la Greña se muera, sus perros la comerán,” dijo mi padre.

Cuando lo del aceite, la Greña tenía cinco perros: pastores alemanes de pura raza. Y los dejaba criar. A veces la gente oía por la zona de las huertas unos ladridos agudos como de cachorros. Así que pronto ya nadie sabía cuántos perros tenía la mujer en su huerta, de la cual solamente se veían las copas de los árboles por encima de un seto espeso. Dicho seto lo dejaba crecer, haciendo caso omiso al reglamento del ayuntamiento que exigía que cada quien podase sus arbustos y árboles y no dejase que invadiesen mucho los caminos.

No sabíamos cómo la Greña con su bici oxidada acarreaba comida suficiente para tantos perros, ni qué hacía si se moría alguno. Varios perros se le debieron de morir, de viejos si no de otra cosa, a lo largo de los años que me tocaba bajar al insti con el autobús. Luego, con el bachillerato superado, me fui a estudiar medicina. De vez en cuando me acordaba de la Greña: cuando en algún lugar había pestazo a sobacos o a pies. Por mi hermanita sabía que los escolares de mi pueblo todavía tenían que compartir el autobús con la mujer más rica y más loca de la comarca, la cual seguía ahorrando agua y jabón.

Yo tenía 25 años cuando la Greña murió, pero no de vieja ni de escasez de vitaminas. Bueno, indirectamente, sí. Yo estaba de médico interno residente en el hospital comarcal cuando la trajeron en helicóptero. Nadie sabe muy bien cómo pasó lo que pasó, pero me imagino que la Greña se hizo alguna herida pequeña, algún corte con el cuchillo de cocina o tal vez un rasguño con alguna zarza de su huerta. Y porque llevaba años con carencia grave de vitamina B12 por la alimentación, tenía poca sensibilidad en manos y pies. La heridita le pasó desapercibida. No la limpió ni la vendó. Olía a sangre.

No sé si alguno de sus perros hambreados empezó y los demás le siguieron, o si todos a la vez se abalanzaron sobre la mujer. Lo primero que sé seguro es que unos trabajadores del ayuntamiento que preparaban la motosierra para podar a ras de la valla los árboles y arbustos de la Greña y volver a abrir el camino, en vez de los ladridos habituales oyeron gruñidos y un grito desgarrador que se alargó para en alaridos. Llamaron al 112. Al cabo de un cuarto de hora durante el cual los alaridos dieron paso a un profundo silencio, llegaron ocho guardias civiles que forzaron la puerta de hierro y entraron con pistolas en mano a la huerta de la greña. El primer perro que vieron llevaba entre dientes la mano de su dueña. Lo

mataron de dos tiros.

En la casita de la Greña encontraron nueve perros más, todos con los morros ensangrentados, que se peleaban sobre algo que parecía un montículo de carne y trapos en el suelo de la cocina. Los policías mataron todos los canes. Los apartaron del cuerpo de su dueña y vieron que ella, increíblemente, seguía respirando. Mientras dos guardias civiles vigilaban la puerta y otros cuatro registraban la casa para cerciorarse de que no quedasen más perros, y uno salía a la huerta para vomitar, uno intrépido aplicó torniquetes a lo que quedaba de los brazos y piernas de la Greña. El helicóptero aterrizó en el campo de al lado.

La Greña llegó viva al hospital, pero no entera. No la pudimos salvar. Resulta que mi padre se había equivocado: los perros no aguardaron a que estuviese muerta.